

José Manuel Caballero Bonald o la poesía como experiencia del lenguaje

Juan José Lanz

La reciente publicación de la poesía completa de José Manuel Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, Cádiz, 1926), *Somos el tiempo que nos queda. Obra poética completa 1952-2005* (Seix Barral, Barcelona, 2007), donde se incluye el premiado *Manual de infractores* (2005), resulta una más que apropiada excusa para reflexionar sobre la obra poética del escritor jerezano, y estudiar la evolución de su producción a lo largo de más de medio siglo, desde *Las adivinaciones* (1952) hasta el citado poemario.

En unas declaraciones a José Batlló publicadas en 1968, José Manuel Caballero Bonald señalaba: «El acto de escribir supone para mí un trabajo de aproximación crítica al conocimiento de la realidad y también de una forma de resistencia frente al medio que me condiciona». Podríamos decir que lo fundamental de su poética, que ha variado poco a lo largo de estos años, radica justamente en la proyección de un elemento en otro: es decir la bús-

queda del conocimiento como una forma de resistencia, manifiesta en la desconfianza ante las verdades establecidas. Aparece, así, en su poesía, una clara dimensión ética vinculada a una dimensión epistemológica, que se relaciona pronto con un poder terapéutico: «La poesía tiene un poder terapéutico frente a un mundo asediado de violencias y tribulaciones, guerras inicuas y menosprecios a los derechos humanos». Pero ese proceso se produce en el lenguaje, puesto que la poesía es ante todo un «acto de lenguaje»; y así lo declara en 1978: «Yo hago literatura a través de mi experiencia. Y mi experiencia, en términos literarios generales, son palabras». La literatura, la poesía, se convierte, así, para Caballero Bonald, en un modo de manifestar una experiencia lingüística *a través del lenguaje, en el lenguaje*, como un acto de desvelamiento, de conocimiento, que supone en sí mismo un modo de resistencia; no hay, por lo tanto, un más allá de la palabra, ni tampoco un más acá. La poesía de José Manuel Caballero Bonald se establece desde el comienzo con una voluntad introspectiva, con una conciencia decidida de conocimiento, pero de un conocimiento que acontece en y por el lenguaje, que sólo existe gracias a la palabra poética que adquiere una dimensión reveladora. Tal como ha señalado Jenaro Talens, la poesía de Caballero Bonald ilustra, junto a la de Antonio Gamoneda, Tomás Segovia o Claudio Rodríguez, una línea dentro de su generación, en que un lenguaje cuestionado en su referencialidad no deriva hacia una evocación mística y metafísica, sino hacia la política. En consecuencia, no nos encontramos con una poesía de directa denuncia social, aunque ésta se plantea en una dimensión mucho más eficaz al cuestionar el lenguaje de poder, y a su vez todo lenguaje de poder, la opacidad que las palabras aparentemente transparentes transmiten. Tampoco nos encontramos en su obra con una dimensión metafísica que trascienda la propia realidad que se enuncia y enunciándose deviene existente; si hay metafísica en su obra, es una metafísica de lo real, de lo inmediato.

La palabra revela y oculta; es un instrumento de conocimiento pero también de ocultación; no narra una experiencia previa, sino aquella experiencia del lenguaje que toma conciencia de su ir diciéndose; no hay hechos anteriores al relato, sino que éstos nacen y se borran en el propio proceso de escritura. La escritura

es, así, un proceso de borrado, en el que el rostro que se dibuja, desdibuja cualquier otro rostro. La palabra es un instrumento impreciso, pero en su imprecisión, en su capacidad para indagar y desvelar el misterio, revela una faceta que sólo puede acontecer en el lenguaje y por el lenguaje. Esto muestra precisamente una especial dimensión cognoscitiva de la poesía bonaldiana, por la que la indagación que procede a través del lenguaje revierte en la propia palabra, en el propio lenguaje. El poeta ya lo había declarado con sus propias palabras. Si la poesía es un «método de conocimiento», «la recreación artística de una decantación de experiencias», dicho conocimiento y tal recreación acontecen en el lenguaje y como lenguaje, puesto que, como declarará en 1978: «Yo hago literatura a través de mi experiencia. Y mi experiencia, en términos literarios generales, son palabras». Efectivamente, la experiencia del poeta es una experiencia del lenguaje, de la palabra poética, y el conocimiento que se revela en la poesía es un conocimiento lingüístico cuya actuación en la realidad circundante deriva de la conciencia lingüística de las estructuras que sustentan dicha realidad. La realidad aparece, así, como un *gran relato*, y el discurso poético comprometido interfiere en ese relato mediante la revelación de las estructuras operantes que subyacen a dicha narración.

Esta perspectiva cognoscitiva pero también de investigación lingüística se inicia desde los primeros tanteos del poeta, en los poemas publicados en la leonesa *Espadaña* y en la gaditana *Platero*, que fraguarán en *Las adivinaciones* (1952), con el que obtiene un accésit al premio Adonais. Pese a ser un libro primerizo y, en palabras del propio poeta, «psicológicamente envarado», *Las adivinaciones* revela, desde su propio título, la voluntad cognoscitiva de la poesía bonaldiana y la conciencia lingüística de su escritura, que lo enlaza, por un lado, con la reflexión metapoética juanramoniana, y por otro con la tradición barroca, de la que nunca renunciará, a la vez que patentiza en su materialización buena parte del sentimiento de desolación que subyace en las conciencias más despiertas de la posguerra. De ese modo, y a través de la palabra poética que crea y testimonia, que borra y que inventa, que se *enajena*, la voz personal adquiere un tono colectivo, la memoria individual comienza a adquirir un sentido social a través

de su materialización lingüística; el lenguaje que se dice en aquellos poemas es un lenguaje heredero del barroco andaluz y de la generación del 27, de Juan Ramón y del Rosales de *La casa encendida*, pero es también un lenguaje generacional, un lenguaje colectivo, que hace de la experiencia propia una experiencia compartida. Y es ahí donde se incardina su siguiente libro, *Memorias de poco tiempo* (1954), para indagar en la propia experiencia transformada por el lenguaje que la nombra, la memoria del tiempo futuro, la memoria del «tiempo que nos queda» y que nos hace quienes somos. De ese modo, la palabra escrita se disuelve en la ceniza («Quizás estas palabras / se te vuelvan ceniza si las tocas», concluye el libro), en su borrado, en el abismo de dejar de ser, y el tono elegíaco de la memoria evocada se convierte en una invocación del futuro; por donde aparece una conciencia existencial, pero también una dimensión crítica, socio-histórica y progresista, que deriva de la capacidad de adueñarse de la Historia a través de la palabra.

Ya lo había dicho Machado: «ni el pasado ha muerto, / ni está el mañana –ni el ayer– escrito». Porque la Historia no está escrita, el relato de los hechos está por hacer, y es en el lenguaje donde éstos descubren su esencia narrativa, su ser. La búsqueda de la esencia temporal de la existencia, a través de la evocación elegíaca de la memoria, revela así su dimensión lingüística, en una conciencia de la palabra como «acto de lenguaje» que potencia la capacidad transformadora de la poesía, y apunta a la posibilidad del empleo de ésta con una voluntad decididamente política, sin renunciar a un radical compromiso estético. El poeta lo dirá años más tarde con intencionado eco juanramoniano: «La estética es la ética del porvenir». Y efectivamente, es en esa conciencia estética, de origen institucionista, adquirida a través de la palabra poética, donde comienza a realizarse la utopía de un futuro superador de los conflictos históricos a los que el relato del presente nos enfrenta. Ese descubrimiento llevará a la poesía de Caballero Bonald a sus primeros logros importantes, que nacen de la solución de un conflicto inherente a su producción anterior. Si en *Anteo* (1956) «el barroquismo configura un método de indagación léxica en ese maremágnum que suele llamarse realidad», en *Las horas muertas* (1959) la investigación sobre la propia esencia del pasado revela una